

viernes reconocía, al comentar la inminente "cumbre de la Moncloa", que el presidente Suárez se había decidido a convocarla ante la firme resistencia de los sindicatos a aceptar un pacto social. No va descaminado el vespertino madrileño al sacar esa conclusión. Para nadie es un secreto que el Gobierno antes de llegar a esta trascendental reunión —inicio de un proceso negociador que puede durar varios días— había intentado que los sindicatos aceptasen sus criterios sobre la política de rentas sin presentar un programa acabado de política económica y mucho menos las medidas políticas que ahora se anuncian. ¿Qué hubiera ocurrido si los sindicatos aceptan ese planteamiento de la Administración? No solamente hubieran hecho renuncia a su propio papel en la sociedad democrática y habrían traicionado la confianza de sus seguidores, sino que además habrían hecho inviable una solución global de la crisis —que es de orden económico y político— tal y como ahora se empieza a plantear con la reunión del fin de semana en la Moncloa.

Sería peligrosísimo que a los sindicatos y al país se le llegase a presentar la trágica disyuntiva de escoger entre el pacto social o el golpe de Estado. Y pueden existir fuerzas interesadas en plantear el problema en esos términos. Diríamos más, se ha dado y se siguen dando iniciativas que pretenden conducir la situación ante ese dilema. Unos, con sus posiciones intransigentes; otros, con sus prácticas desestabilizadoras. En este sentido ha sido comentada desfavorablemente la reciente declaración solemne de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales.

Esta gran patronal que desde hace pocos días preside el catalán Ferrer Salat —con fama de liberal entre sus pares— ha publicado una extensa toma de posición en la que después de explicar con cierto detalle cuáles son las actuales reivindicaciones de los empresarios, cuestión completamente lógica o normal, concluyen en que si no se tienen en cuenta dichas peticiones declinan su responsabilidad sobre lo que pueda suceder, insinuando lo que todo el mundo sabe que puede suceder: que la democracia acabe feneciendo en manos de los de siempre. Pero a estas alturas plantear las cosas en los términos de: o se hace lo que yo digo o esto revienta y nos lavamos las manos no es precisamente una posición responsable y constructiva. Que sepamos, jamás los sindicatos han planteado las cosas así y en principio tendrían

más motivos para sentirse discriminados en las decisiones que se vienen tomando. Como Consejo Nacional de Empresarios o como CEOE está claro que nuestro empresariado le cuesta abandonar ese estilo montaraz e insolidarios que le ha caracterizado durante cuatro décadas. Se irritan e incluso pierden las formas, por mucha educación inglesa que hayan recibido sus dirigentes, en cuanto no se hace su santa voluntad, cuando en realidad lo que se está haciendo por parte del Gobierno es asar un poco la famosa economía social de mercado, en lo que lo que prima es el mercado. Aquí vendría bien aquella frase de Esquilache en otra circunstancia, del "lloran cuando se les lava".

La solución de nuestros males no parece estar, pues, ni en intentar como sea un pacto social ni en realizar actos intolerables con el fin de provocar una involución política. El camino es el del pacto político, con derivaciones económicas, limitado en el contenido y el tiempo, acordado por todas las fuerzas políticas y sociales con responsabilidades nacionales. La marcha que conduzca hacia el mismo puede haber comenzado el sábado con la cumbre de la Moncloa. Las conversaciones tendrán diversas fases y espacios hasta que se encuentre un encaje de los dispares intereses. Por eso no se entiende que el cronista político de Logos afirme que "en este intento no puede ocurrir como en el frustrado de la negociaciones Gobierno-centrales. Estas han demostrado que tienen capacidad de movilización para lo negativo. Pero ya veremos si son capaces de convencer a sus afiliados para que respeten y se atengan a los términos del compromiso nacional".

El "Ya" parece olvidar que el Gobierno, en el terreno económico, no negoció absolutamente nada con las centrales, pues no llegó a presentar jamás un programa económico como el que ahora discute con los partidos. Tampoco se entiende en que han sido negativas las movilizaciones obreras cuando están en la base de las actuales conversaciones para un "compromiso nacional", ya que gracias a esa presión, entre otras cosas, se han sentado todos alrededor de la mesa. Quizá haya que recordar, por último, que si los sindicatos participan en la negociación y el "compromiso nacional" respeta los intereses de la mayoría del país, que son los trabajadores, no hay por qué poner en duda que serán respetados sin que las centrales se esfuercen mucho. ■

## VIVOS Y MUERTOS

**L**OS primeros egiptólogos se encontraban con asombro que las momias que descubrían se desintegraban al contacto con el aire fresco. Habían resistido siglos en la oscuridad, en un ambiente formado en torno a ellas. Estaban intactas a cambio de que nada viviera en torno suyo. Pero apenas las tocaba un soplo de vida ajena se convertían en polvo.

Es una metáfora. Un cierto soplo —viento del pueblo— ha entrado en la cámara fría y nocturna en la que había reinado un aspecto de grandeza y esplendor, en una serie de instituciones españolas. Y todo se desmorona. Todo lo que estaba embalsamado y suspendido del tiempo. Puede parecer que el tiempo se para años y años: la realidad es que está esperando fuera, y entra en tromba. Todos los milenios pueden echarse encima en un segundo. Tiempo comprimido, aire comprimido.

El tiempo trata de avanzar ahora velozmente en España, de recuperar su elasticidad después de la larga compresión. Se viene encima de situaciones, de entidades, de personas embalsamadas. Hay un gran desmoronamiento. Muchos momificados pueden tener la sensación de que se está hundiendo el mundo. Se está hundiendo, en efecto, su mundo. El tiempo que paralizaron se les cuela entre los poros. Hay muchos que corren despavoridos, tratando de ser más veloces que el tiempo mismo. Algunos lo consiguen, pero no sin algunos mordiscos implacables. Otros corren a cerrar las rendijas por las que entra el aire fresco, a taparlas con sus manos. O con lo que pueden. Pero el tiempo ya no es suyo.

La cuestión es que esta podredumbre instantánea no alcance a lo que está vivo. Ciertos indios americanos tenían una peculiar condena de muerte. Ataban al condenado a un cadáver de forma que nunca se pudiese desligar. El cadáver fresco iba pudriéndose, y su podredumbre, sus gusanos, se pasaban al cuerpo vivo del condenado, el cual se pudría así en vida: moría completamente podrido. Era cadáver antes de morir. Quizá la idea original de aquella civilización era la contraria: la de que el vivo pudiera comunicar su vida al cuerpo muerto. Pero falló siempre. Ni una sola vez el proceso dejó de ser el inverso.

Algunos de los visitantes del fin de semana en el palacio de la Moncloa deberían tener en cuenta estos viejos "ejemplos" a la hora de atarse al cuerpo gubernamental. Deberían ver hasta dónde es posible traspasar su vida al cuerpo muerto, por el camino inverso de la lógica. Si lo consiguen, no habrán hecho un mal servicio. Pero lo que parece más normal es que les suceda lo contrario. Podría llegar a trasladarse a ellos la podredumbre de un cuerpo muerto, podrían ir haciéndose cadáveres perfectamente vivos. O momias, expuestas a un soplo veloz del tiempo. Que se puede comprimir, pero que recuperará siempre su elasticidad.

Los vivos de la izquierda tienen muchas obligaciones en estos momentos. Una de ellas es la de ayudar a que el país se recupere, aunque la gloria se la lleve Suárez. Pero su forma de ayudar es la de no dejar nunca de ser de izquierdas. Aunque no lo sean tanto como el señor Jiménez de Parga. ■

POZUELO